

trabajadores, como bueyes, pueden caminar á un paso en la vida espiritual, y subir á la cumbre de ella con las alas de las virtudes y dones que les da el Espíritu Santo, siguiendo el ímpetu de su fervorosa inspiracion. Ó Espíritu divino, pues no quieres que tus talentos estén ociosos, y por esto castigas al perezoso que los entierra, usa en mí de los dones que me has dado, moviéndome á las obras que te dan contento.

2. El segundo medio es, frecuentar del mejor modo que pudiéremos aquellos ejercicios en que el Espíritu Santo suele comunicar sus inspiraciones, porque de suyo le provocan á ello; á los cuales por esta causa podemos llamar, como se dice en Job, *venas del murmullo de Dios* (1), ó como dice san Gregorio (2), arcaduces por donde viene la divina inspiracion al alma. Estos son, leccion de buenos libros y oír los sermones, en los cuales suele inspirar luz de lo que se lee y oye; oracion y meditacion, en las cuales, hablando con Dios, le provocamos á que nos hable; comunión y misa, en la cual está el mismo Cristo, que nos mereció estas inspiraciones, y con el Espíritu Santo es dador de ellas. Y á tiempos será muy provechoso ejercitar aquel modo de oracion por respiraciones, de que se hizo mencion en la introduccion de este libro (párrafo IX), juntando con cada respiracion un afecto ó suspiro amoroso, ya por ver á Dios, ya por vernos libres de tanta miseria.

3. El tercer medio es, agradecer muy de veras cualquiera merced de estas que el Espíritu Santo nos hiciere, teniéndonos por indignos de ella (3); y cumpliendo puntualmente la obra buena que nos inspirare, sea de vida activa ó contemplativa, gozando con quietud de los sentimientos que con su divina luz nos comunicare, porque quien agradece las inspiraciones y mercedes recibidas, y usa con obediencia de las presentes, recibirá otras muy mayores en lo porvenir. Ó Esposo de las almas puras, que dijiste: *Huye, cierzo, y ven, ábrego, por todo mi huerto, para que los árboles destilen sus licores olorosos* (4); destierra de mi alma el viento cierzo de la ingratitude y soberbia, que seca las fuentes y desparce las lluvias de tus copiosas misericordias, y envia sobre mí el viento ábrego de tus fervientes inspiraciones, para que mis potencias broten muchedumbre de obras olorosas, agradables á tus ojos, y provechosas á mis prójimos, subiendo por ellas de virtud en virtud, hasta llegar á verte en la santa Sion por todos los siglos. Amen (5).

(1) Job, iv, 12. — (2) D. Greg. Lib. XX. — (3) D. Bern. Serm. 1 de Pent.

(4) Cant. iv, 16. — (5) Bern. Serm. 51 in Cant.; D. Aug. in Soliloq. c. 18.

MEDITACION XXVIII.

DE LA PLENITUD DEL ESPÍRITU SANTO QUE SE DIÓ Á SAN ESTÉBAN, Y COMO CRISTO NUESTRO SEÑOR SE LE APARECIÓ EN EL MARTIRIO.

—Entre los discípulos de aquel tiempo, uno de los mas señalados fué san Estéban (1), el primero de los siete diáconos que escogieron los Apóstoles, de quien san Lucas cuenta cuatro cosas, que pueden ser materia de esta meditacion, conviene á saber, los dones que el Espíritu Santo le dió; lo bien que él usó de ellos; los favores que le hizo Dios por este buen uso, y el buen fin que tuvo. Á lo cual se ha de añadir el premio de que goza en la gloria. Y estos mismos puntos se pueden aplicar á las meditaciones de las vidas de los Santos.—

PUNTO PRIMERO.—1. Lo primero, se ha de considerar cuán liberal fué el Espíritu Santo con san Estéban, porque de él se dice que estaba lleno de Espíritu Santo. Y de esta plenitud nacia otras cuatro, porque estaba lleno de gracia y sabiduría, de fe y de fortaleza; de donde resultaba en él tanta modestia y apacibilidad exterior, que su rostro parecia de ángel.—La primera plenitud de gracia, adornaba su corazon con virtudes celestiales, para que fuese gracioso á Dios.—La segunda de sabiduría, adornaba su entendimiento con luz de las verdades divinas, para penetrarlas con gusto, y enseñarlas á otros con provecho.—La tercera de fe, llenaba su alma para orar con confianza á Dios, y hacer obras milagrosas en bien de los hombres.—La cuarta de fortaleza, le hacia invencible de sus enemigos, y constante en sufrir las persecuciones y trabajos; y por todas cuatro era como ángel, teniendo en cuerpo terreno vida angelical.—Estos dones le dió el divino Espíritu, graciosamente, para mostrar las riquezas de su gracia, no solamente en los doce Apóstoles, sino tambien en los otros inferiores discípulos; pero sin duda este glorioso varon se dispuso para recibirlos con grande fervor; previniéndole tambien para esto el mismo Espíritu Santo, con cuyo favor he de animarme á procurarlos, pues no está abreviada la mano de este liberalísimo dador. Y al glorioso san Estéban tengo de suplicar interceda por mí; porque si con su oracion alcanzó estos y otros mayores dones para Saulo, siendo perseguidor de Cristo, tambien lo

(1) Act. vi, 5; vii, 57.

podrá alcanzar para mí; y quien tanto pudo con Dios estando en la tierra, no podrá menos ahora estando en el cielo.

2. Luego consideraré, cuán diligente y fervoroso fué este glorioso varon en usar de los dones que habia recibido del Espíritu Santo, favoreciéndole el mismo Espíritu para ello. Porque primeramente, con la sabiduría que le infundió, predicaba la ley de Cristo nuestro Señor con admirables y eficacisimas razones, tanto que saliendo muchos letrados de los judíos á disputar contra él, *non poterant resistere sapientie, et spiritui qui loquebatur, no podian resistir á la sabiduría y al espíritu que hablaba por él*, y que era el mismo Espíritu Santo, de que estaba lleno, cumpliéndole nuestro Redentor lo que prometió á sus discípulos, cuando les dijo: que en tales casos no serian ellos los que hablasen, sino el espíritu de su Padre celestial hablaria por ellos (1).—Lo segundo, armado con la grande fe que tenia, hacia grandes milagros y prodigios en el pueblo; con los cuales hacia creible su doctrina, para que todos los fieles entendiesen que el don de hacer milagros no era de solos los Apóstoles, sino tambien de los que estuviesen llenos de gracia y fe, como él estaba.

3. Lo tercero, en medio del concilio estando rodeado de muchos enemigos y testigos falsos, que testificaban contra él grandes delitos, no perdió la serenidad y modestia de su rostro, antes resplandeció mucho mas por el testimonio de su conciencia y por el gozo que tenia de verse perseguido por Cristo; y así mirándole sus enemigos, *videbant faciem ejus quasi faciem angeli*, veian su rostro como de un ángel venido del cielo, cumpliéndose en él lo que dijo de sí el santo Job: *La luz y resplandor de mi rostro nunca cayó en tierra* (2), porque ni las persecuciones y falsos testimonios de sus enemigos, ni las contradicciones ni porfías en las disputas, fueron parte para que se mudase, ni alterase, ni perdiese la serenidad grave y alegre que tenia, ni para que hiciese cosa, por la cual como á Cain se le cayese el rostro de vergüenza. ¡Oh quién pudiese imitar la modestia angelical de este purísimo guerrero, nunca haciendo cosa, por la cual la lumbré de mi rostro cayese en tierra, confundíendome con vergüenza de haberla hecho! Concédeme, ó buen Jesús, que en medio de las persecuciones sea tal la pureza de mi alma, que para gloria tuya se descubra en el modesto y alegre semblante de mi rostro.

4. Lo cuarto, con grande fortaleza, sin temor ninguno de sus

(1) Matth. x, 20. — (2) Job, xxix, 24.

enemigos, reprendió ásperamente su dureza y la rebeldía que siempre habian tenido al Espíritu Santo, y la desobediencia que tenian á la ley, y la crueldad con que habian perseguido á los Profetas, y al supremo de ellos Cristo Jesús; y aunque sus contrarios rompian sus corazones de rabia y crujián los dientes, él estaba sin temor con la virtud que se le habia vestido de lo alto. Gózome, ó glorioso Estéban, de la fortaleza con que volveis por la honra de vuestro Maestro, honrando al que os honró, y ofreciéndoo á morir por el que por Vos murió. Suplicadle me vista con otra virtud de lo alto, como esta, para que imitándoos en la pelea, alcance vuestra corona. Amen.

PUNTO SEGUNDO.—1. *Como estuviere Estéban lleno de Espíritu Santo, mirando al cielo, vió la gloria de Dios, y á Jesús, que estaba á la diestra de Dios, y dijo: Mirad que veo los cielos abiertos, y al Hijo del hombre, que está á la diestra de la virtud de Dios* (1). En esta maravillosa vision se pueden considerar los favores extraordinarios que hace el Espíritu Santo á sus escogidos, y á qué suerte de justos lo hace, en qué ocasiones y por qué causas; para que saquemos de aquí luz con que conocer las causas y efectos de las divinas visiones y revelaciones.—Lo primero, tiene misterio decir, que como Estéban estuviere lleno de Espíritu Santo, mirando al cielo, vió la gloria de Dios. En lo cual se nos da á entender, que dos cosas le hicieron digno de esta gloriosa vision.—La primera, que estaba lleno de Espíritu Santo, y de sus gracias y dones, al modo dicho.—La segunda, que miraba al cielo, no tanto con los ojos del cuerpo, cuanto con los del alma, aspirando á las cosas celestiales, suspirando por ellas, y orando por sí y por todos, porque tales favores ordinariamente los hace Dios á grandes santos, muy dados á la oracion y contemplacion. Y aunque no es seguro desear estos favores, pero es justo que no me haga indigno de ellos, sino que procure la plenitud de gracia y de oracion que disponen á recibirlos, pues á todos la promete nuestro Señor diciendo: *Derramaré sobre la casa de David y sobre los moradores de Jerusalem, Spiritum gratie, el precum, spiritu de gracia y de oracion* (2).

2. Lo segundo, tiene tambien misterio decir, que vió la gloria de Dios, y á Jesús, que estaba á su diestra; en lo cual se nos da á entender, que la luz celestial que esclarece los ojos interiores y los levanta á la suprema contemplacion, descubre principalmente dos cosas. Es á saber, los misterios de la gloria de Dios, que pertenecen

(1) Act. vii, 55. — (2) Zach. xii, 10.

á su divinidad y trinidad; y tambien á Jesucristo Señor nuestro, con los misterios de su gloriosa humanidad; y esta luz descubre estos misterios con un modo tan levantado, que se llama vista, y arrebató el corazón, como dice san Pablo, para transformarle con amor en la gloria del Señor que ha visto, sabiendo de una claridad á otra mayor (1), porque con esta vista crece en los dones y gracias que antes tenía; queda de nuevo lleno de Espíritu Santo; aumenta la gracia, la sabiduría y fortaleza, y queda lleno de una extraordinaria alegría con grande hartura interior, gozando en su tanto en esta vida de lo que dice David: *Quedaré harto cuando se me descubriere tu gloria* (2).

3. Las causas por que en esta coyuntura vió san Estéban la gloria de Dios y de Jesucristo fueron tres, por las cuales hace Dios semejantes favores á los escogidos. La primera, para premiarle tambien en esta vida los servicios que le habia hecho en la ilustre confesion y testimonio que dió de Cristo delante de aquel concilio, ofreciéndose por esto á peligro de muerte; porque propio es de Dios pagar extraordinarios servicios con extraordinarios favores, y dar en esta vida ciento tanto mas de lo que por él se hace. Con lo cual me animaré á servir á Dios con gran fervor, pues á la medida de los servicios suelen ser las mercedes, y los mas fervorosos son á quien dice David: *Gustad y ved cuán suave es el Señor; bienaventurado el varon que espera en él* (3).

4. La segunda causa fué, para esforzarle en la pelea y trabajos que padecía, y ponerle ánimo grande para los que le estaban esperando; porque la vista del premio notablemente alienta al trabajo; y la presencia del capitán da brio al soldado; y la certeza del divino socorro hace acometer los peligros sin miedo. Y así san Estéban vió á Cristo su capitán y su ayudador á la diestra de Dios, no sentado sino en pié, para que entendiese que estaba presente mirando como peleaba, y á punto para ayudarle en la pelea, y para bajar luego por él, para darle la corona. Ó dulcísimo Jesús, aviva mi corta fe, para que vea con ella, aunque sea con oscuridad, lo que vió Estéban con tanta claridad; levanta mi espíritu al cielo, para que contemple el premio que me prometes, la vista con que me miras y la ayuda que me ofreces, porque atado mi corazón con esta cuerda de tres ramales, no habrá trabajo ni persecucion que le aparten de tu amor.

5. La tercera causa fué, para que fuese testigo como de vista de

(1) II Cor. III, 18. — (2) Psalm. XVI, 15. — (3) Psalm. XXXIII, 9

las verdades y misterios que habia predicado; y así en viéndolos, luego los testificó de nuevo, y con gran fervor dijo: *Mirad que veo los cielos abiertos, y al Hijo del hombre que está á la diestra de la virtud de Dios*. Como quien dice: Mirad que es verdad lo que digo, y por vista de ojos lo veo. Veo que ya se han abierto los cielos, para que entren dentro los que creyeren en Cristo; veo que el Hijo del hombre, á quien vosotros crucificásteis, está ya, como él mismo os lo dijo, á la diestra de la virtud de Dios (1); miradlo tambien vosotros y creedlo. De donde sacaré que estos favores no los hace Dios á sus grandes siervos, para que los gocen á solas, sino para que prediquen y publiquen su gloria en bien de las almas, provocándolas que se dispongan para ver lo que ellos ven, creyéndolo y amándolo, como ellos lo creen y aman. ¡Oh si esta gente diera crédito al glorioso Estéban, y levantara los ojos al cielo con el espíritu que él los levantó! sin duda quedaran ilustrados y llenos del divino Espíritu, porque aparejado estaba Cristo nuestro Señor para dársele con grande liberalidad. Concédeme, amantísimo Jesús, que dé credito con viva fe á todo lo que nos has revelado, para que de la fe suba á la inteligencia, y de ésta á la contemplacion, y despues llegue á la vista clara de tu divinidad por todos los siglos. Amen.

PUNTO TERCERO.—1. En oyendo esto, todos levantaron grandes alaridos, y taparon sus oídos, y de tropel con gran impetu le sacaron fuera de la ciudad para apedrearle, y poniendo los testigos sus ropas á los piés de un mozo llamado Saulo, le apedrearon (2). Aquí se ha de considerar: Lo primero, las trazas de la divina Providencia en regalar á los escogidos; permitiendo que los mismos favores sean ocasion de sus persecuciones, para que se entienda lo mucho que Dios estima el padecer, pues el regalo ordena al trabajo, y aunque todo viene á parar en aumento de gloria, como le sucedió al patriarca José (3), á quien Dios mostró en sueños que el sol y luna y once estrellas le adoraban. Y contando este sueño á sus hermanos, se arraigó mas en ellos el odio y envidia que le tenían, y fué ocasion de que le empozasen y vendiesen por esclavo. Y lo mismo sucedió al glorioso san Estéban, para que yo entienda, que si fuere muy regalado de Dios, tengo de aparejarme para grandes trabajos, los cuales quizá tendrán principio de los mismos regalos. Ó Salvador dulcísimo, regalos son tambien los trabajos padecidos por tu amor; traza mi vida como quisieres, porque no habrá para mí mayor favor que seguir tu ordenacion.

(1) Matth. XXVI, 64. — (2) Act. VII, 56. — (3) Genes. XXXVII, 9.

2. Lo segundo, se ha de ponderar el martirio de este Santo lleno de desprecios y tormentos, porque sus enemigos, en lugar de levantar los ojos al cielo para ver la gloria de Cristo, levantaron el grito contra él como contra blasfemo, y taparon sus oídos por no oír lo que decía; y como leones arremetieron á él, hiriéndole con los puños, y llevándole con gran furia fuera de la ciudad, y allí le apedrearon. Iba el glorioso Mártir como un cordero, y recibía las pedradas en su cuerpo como si fuera un diamante, sin volver el rostro ni esconderle, antes, como canta la Iglesia, las piedras del arroyo le eran dulces, porque tenía por suma dulzura padecer por su Maestro; y la gloria de Jesús que estaba contemplando le hacia muy dulce sufrir lo que estaba padeciendo, porque el cuerpo padecía en la tierra, y el espíritu estaba traspasado al cielo. Ó dulcísimo Jesús, ¡cuán dulce cosa es padecer desprecios y dolores al que contempla los muchos que tú padeciste, y la gloria que por ellos alcanzaste (1)! ¡Oh si me dices á beber del arroyo de los deleites del cielo, para que me fuesen dulces las piedras del arroyo de las tribulaciones que me afligen en la tierra! Ó amado mío, pues sacas miel de la piedra y óleo del duro canto (2), endulzora mis trabajos con la miel de tus consuelos y con el óleo de tus alegrías, para que en ellos te glorifique por todos los siglos. Amen.

PUNTO CUARTO.—1. *Apedreaban á Estéban que estaba orando y diciendo: Señor Jesús, recibe mi espíritu; é hincadas las rodillas clamó con grande voz, diciendo: Señor, no les imputes este pecado; y dicho esto murió en el Señor (3).* Aquí se ha de considerar el fervor con que este glorioso Mártir imitó á Cristo nuestro Señor, Rey de los Mártires, en todo lo que podía imitarle en su martirio, orando dos veces.—La primera por sí, encomendándole su espíritu.—La segunda por sus enemigos, pidiéndole perdón para ellos, en cumplimiento de lo que su Maestro habia dicho: *Orad por los que os persiguen (4)*; y esta oración fué con mayor reverencia y fervor. Lo cual mostró en hincar las rodillas en tierra, y levantar mas la voz, queriendo también espirar como espiró Cristo con voz muy clamorosa. ¡Oh fidelísimo soldado, verdadero imitador de su capitán Jesús! ¡Oh caridad invencible! ¡Oh amor muy mas fuerte que la misma muerte (5)! Por tí Estéban tiene por beneficio morir, y ruega por los que le matan, y cuando ellos le tiran piedras para quitarle la vida temporal, él tira dardos de oración al cielo, para negociarles la vida

(1) D. Aug. in Solil. c. 12. — (2) Deut. xxxii, 13. — (3) Act. vii, 58.

(4) Matth. v, 44. — (5) Cant. viii, 6.

eterna. Concédeme, ó buen Jesús, que yo imite á este tu soldado, como él te imitó, amando á los que me aborrecen, y orando por los que me persiguen.

2. Lo segundo, se ha de ponderar la causa por que san Estéban oró por sí en pié, y por sus enemigos de rodillas y con gran clamor. Quizá fué, porque cuando oraba por sí, estaba cierto que sería oído, porque no hallaba en sí impedimento contrario á lo que pedia; mas cuando oraba por sus enemigos, conocía la rebeldía que habia de parte de ellos, y el estorbo que ponían á su oración; y así encendido con el fuego del Espíritu Santo, oró con mayor reverencia y con mayor afecto y clamor, para que su oración fuese oída. Y así lo fué, alcanzando la conversión del mas insigne perseguidor, que era Saulo, el cual guardaba los vestidos de los que le apedreaban, y quizá le tiraba algunas piedras por su mano, aunque las tiraba todas por mano de sus compañeros. De donde sacaré propósitos de orar fervorosamente por mis enemigos, persuadiéndome que orar por otros es medio para que Dios oiga la oración que hago por mí, como sucedió á Job, cuando oró por sus amigos que habian hecho con él obras de enemigos (1).

3. Lo tercero, ponderaré la causa porque san Estéban primero oró por sí, encomendando su espíritu al Señor, y despues por sus enemigos, pues Cristo nuestro Señor al contrario, primero oró por sus enemigos, y despues, ya que queria espirar, encomendó su espíritu al Padre (2). La causa fué, porque la oración ha de comenzar por lo mas necesario y obligatorio, especialmente cuando se ora en tiempo de grandes aflicciones y peligros. Y como Cristo nuestro Señor no tenia necesidad de orar por sí; pero los pecadores tenemos extrema necesidad de que orase por nosotros, especialmente los que le crucificaban, porque no fuesen hundidos en el abismo del infierno. De aquí es que con su entrañable caridad, primero oró por sus enemigos. Pero san Estéban y los demás justos tienen necesidad de orar por sí, y mucho mas en la muerte, donde corre mayor obligación, por ser mayor el peligro; y así la caridad comenzó por lo mas obligatorio, y extendióse despues á lo que descubria mas su perfección. Y en ambas cosas quiere Cristo nuestro Señor que le imitemos, aunque por el orden dicho, porque la ley de la caridad nos obliga á procurar primero nuestra salvación, y despues la ajena. Ó dulcísimo Jesús, recibe mi espíritu y el de todos los fieles, en vida y en muer-

(1) Job, xlii, 10. — (2) Hebr. vii, 27.

te, tomándole debajo de tu proteccion, para que te sirva en la tierra y despues te goce en el cielo. Amen.

4. Finalmente, ponderaré como acabadas estas dos oraciones, san Estéban durmió en el Señor (1): morir en el Señor, es morir dentro de Cristo unido con él por fe viva con caridad, como mueren los santos Confesores, ó morir por la confesion de Cristo, como mueren tambien los Mártires, y ambas muertes son dichosas, porque *es preciosa en la presencia del Señor la muerte de sus santos* (2). Y, como dijo la voz del cielo al bienaventurado san Juan, *son bienaventurados los muertos que mueren en el Señor, porque desde luego dice el Espíritu Santo que descansan de sus trabajos, por cuanto les siguen sus obras* (3), que es decir: Los que mueren en el Señor, luego en muriendo se pueden llamar bienaventurados, porque despues que Cristo murió, si no tienen algo que purgar, ya están para ellos abiertas las puertas del cielo, y el Espíritu Santo, de que están llenos, quiere que su muerte sea fin de todos sus trabajos, y principio de sus eternos descansos, porque las obras que hicieron en vida, con las cuales se aparejaron para la muerte, les acompañarán con grande honra hasta el cielo.

5. Tal fué la muerte del gloriosísimo Estéban que murió en Cristo y por Cristo; el cual desde el cielo, donde se le apareció en la batalla, vino por él con millares de Ángeles celebrando su victoria. Y el que poco antes era de los hombres aclamado por blasfemo, ya es de los Ángeles aclamado por santo; y el que fué apedreado con piedras dolorosas, es coronado de piedras preciosas, recibiendo la corona que su nombre significaba. Subió acompañado de sus esclarecidas obras, por las cuales fué honrado y alabado de Cristo nuestro Señor delante de su Padre, y colocado en un trono muy alto entre los Serafines, adonde vió con la lumbre de gloria claramente la divina esencia, y bebió hasta hartar del copiosísimo arroyo de los deleites celestiales, sin temor de jamás perderlos. ¡Oh dichosos trabajos, cuyo fin son eternos descansos! ¡Oh dulces piedras, que fabricaron corona tan preciosa! ¡Oh preciosa muerte, que es principio de tan eterna y gloriosa vida! Muera, Señor, mi alma la muerte de este justo, y sea mi vida tal, que merezca tal muerte, y aparejeme para ella con tal disposicion, que mis postrimerias sean semejantes á las tuyas (4), subiendo á gozar de tí, acompañado de esclarecidas obras y de grandes trabajos, padecidos por la justicia para tu mayor gloria. Amen.

(1) Act. vii, 59.—(2) Psalm. cxv, 15.—(3) Apoc. xiv, 13.—(4) Num. xxiii, 10.

MEDITACION XXIX.

DE LA APARICION DE CRISTO NUESTRO SEÑOR Á SAULO, Y DE SU MARAVILLOSA CONVERSION.

—La conversion de san Pablo sucedió despues del martirio de san Estéban, sucediéndole tambien en el oficio de predicador de Cristo, porque las trazas de los hombres no pueden prevalecer contra Dios, y si ellos quitan de por medio el predicador que les hace guerra, el Espíritu Santo levanta otro que se la haga muy mayor, como la hizo san Pablo.—

PUNTO PRIMERO.—1. *Saulo, todavía furioso en amenazar de muerte á los discipulos del Señor, fué al príncipe de los sacerdotes, y pidióle cartas para las sinagogas de Damasco, para que si hallase allí algunos hombres y mujeres que siguiesen la ley de Cristo, los trajese presos á Jerusalem* (1). Por fundamento de esta meditacion se ha de considerar cuán gran pecador fué Saulo, el cual desde mozo tuvo entrañado en su corazon el aborrecimiento de Cristo nuestro Señor, y de su santa ley, pareciéndole, con ignorancia y falso celo, que agradaba á Dios en perseguirle. Y de aquí procedió hallarse á la muerte de san Estéban, guardar las ropas de los que le apedreaban, consentir en su muerte, saboreándose en verle apedrear, por quitar la vida al que volvía por la fe, que tanto aborrecia. Luego fué creciendo tanto su odio, que dice de él el evangelista san Lucas, *devastabat Ecclesiam, que destruía la Iglesia* (2), entrándose por las casas, sacando hombres y mujeres, y llevándolos á la cárcel. De modo, que por haber sido de la tribu de Benjamin, le cuadra bien lo que dijo Jacob: *Benjamin, lobo robador, á la mañana comerá lo que robó, y á la tarde dividirá los despojos* (3), porque desde la mañana de su mocedad, todo el dia, mañana y tarde, como lobo, perseguía las ovejas de Cristo, *usque ad mortem*, hasta matarlas y despedazarlas; y pareciéndole poco perseguir á las que estaban en Jerusalem, pidió licencia y facultad al príncipe de los sacerdotes para ir á Damasco, y traer presos á todos los que allí seguian á Cristo, con deseo de hundirlos; cumpliéndose en él lo que dice David: *La soberbia de los que te aborrecen siempre crece* (4).

2. Luego ponderaré las causas por que nuestro Señor permitió todo esto. La primera fué, porque pretendia hacerle grande santo,

(1) Act. ix, 1.—(2) Act. viii, 3.—(3) Genes. xlix, 27.—(4) Psalm. lxxiii, 23.